



## Los violentos que piden **AYUDA**

**Pegan, humillan, amenazan, y después se arrepienten. Es en esa fase por la que pasan todos los hombres violentos que, por pedido de un juez, de sus mujeres o por su propio deseo de cambio, ellos se acercan a los grupos en los que intentan revertir una historia de infelicidad y agresiones. Suelen ser hombres que no saben ser hombres de otra manera.**

**Por MARTA DILLON**

En la vereda un grupo de hombres conversa, se ríe, se dan palmadas. Se están despidiendo, y es fácil ver que tienen pocas cosas en común. Unos llevan trajes, otros portan maletín, alguno luce musculosa y pantalones cortos. Por lo heterogéneo del grupo podría pensarse que se trata de un encuentro de ex alumnos veinte años después de haber terminado la escuela secundaria. Pero es otro el vínculo que los une: son hombres violentos que quieren recuperarse. “Yo no quería venir, ni siquiera pensaba que tenía un problema. Para mí la quilomera era ella. Ella me tiraba con cosas, me insultaba... y a veces nos fuimos a las manos. Vine solamente porque me obligó el juez, porque yo quería volver a ver a mis hijos. Pero la verdad es que la primera vez que vine ni siquiera pensé en volver, confiaba en que los pibes, cuando crecieran, iban a volver conmigo. Al final me quedé, hace dos años que vengo y lo mejor es que pude recuperar a mi familia, porque son pocos los que lo consiguen; acá vienen tipos bravos que persiguen a las minas con cuchillos. Este verano nos fuimos de vacaciones todos juntos y no pasó nada, estamos con mi señora como si fuéramos novios”.

El que habla es Humberto. Tiene 39 años, el pelo recogido en una colita y los brazos fuertes. Es uno de los pocos hombres que después de las primeras entrevistas continuó asistiendo a este grupo de reflexión -el único que funciona en Capital Federal y uno de los dos que existen en todo el país- que ofrece la Asociación Argentina de Prevención de la Violencia Familiar, una ONG que nació poco después de que se disolviera un grupo similar que trabajaba dentro del ámbito de la entonces Municipalidad de la ciudad de Buenos Aires, en 1994. Humberto todavía recuerda el día en que encontró su casa rodeada de patrulleros y cerrada para él que tuvo que pasar aquella noche, hace dos años, en la comisaría. “Igual los botones jodían conmigo, me tiraron la mejor onda, pero me dejaron demorado con la excusa de que tenía que venir un médico a constatar una lesión que ella me hizo cuando me tiró con un objeto que no me acuerdo qué era. Y después pasó, volví a mi casa y todo normal. Recién a los dos días vino la orden del juez para que me sacaran de la casa. Lo peor es que en ese momento ni ella quería que me fuera, pero bueno, como dice el refrán ‘hacete amigo del juez’, ella tenía una amiga jueza y así le fue”.

El se siente recuperado, de hecho está planeando volver a convivir con su familia y finalmente dejar el grupo. Pero en su discurso todavía se cuelan algunas trampas. Apenas considera que los hechos que terminaron con su exclusión del hogar conyugal hayan tenido la importancia que les dio el juez que intervino entonces y sigue pensando que ella lo provocaba. "Pero también me di cuenta de que para llegar a una discusión hacen falta dos. Y yo ahora no me prendo. Antes peleábamos por cualquier cosa; ella sabía que yo llegaba con hambre del trabajo y nunca tenía la comida hecha. O se quejaba porque les compraba golosinas a los chicos y por esa tontería podíamos terminar en cualquiera. Ahora todo es distinto, porque entre otras cosas también me di cuenta de que yo era un hombre violento, no sólo en mi casa sino en todos lados. Si alguien me miraba mal, ya me iba a las manos. El cuore me lo pedía, si no ajusticiaba a los que me prepotaban me quedaba mal todo el día. Ahora pienso que ese tipo debe estar mal del bocho y lo dejo pasar, ya no me importa".

Humberto no se considera un hombre golpeador, prefiere llamarse violento y ésta es la definición que también prefieren los especialistas. Porque hablar de golpeadores deja afuera otras formas de violencia más sutiles, pero que generan daños tan graves como los mismos golpes, esos que cada vez más mujeres denuncian y que empezaron a hacer visible la magnitud de un problema que dejó de considerarse parte del ámbito de lo privado para transformarse en un problema social. Desde que empezaron a funcionar los primeros servicios de asistencia para tratar la violencia intrafamiliar las denuncias han aumentado progresivamente. Hoy se recibe una denuncia por maltrato cada diez minutos, veinte mil denuncias más que a principios de la década del 90. Y aunque a simple vista podría pensarse que las denuncias crecieron al ritmo de la crisis económica, lo cierto es que golpeadores hubo siempre y que los factores externos son apenas potenciadores de esas situaciones de violencia que en algunos casos llegan a extremos de los que no hay retorno posible, como el homicidio.

Según un seguimiento de la Asociación Argentina de Prevención de la Violencia Familiar, entre 1997 y 1999, 540 personas murieron en situaciones de violencia conyugal, un cómputo parcial que sólo tiene en cuenta lo que se informa a diario en los medios de comunicación y dentro del ámbito de la Capital Federal. Apenas la punta del iceberg. "Violencia es producir un daño en otro, ya sea por acción o por omisión. No hay un solo tipo de violencia, por eso resulta inadecuado hablar de hombres golpeadores, también hay quien ejerce violencia emocional, sexual, e incluso económica. El patrón más común entre estos hombres es el cíclico, es decir que actúan en tres fases, la primera en la que acumulan tensiones, la segunda de descarga y la tercera es el arrepentimiento". Mario Payarola es psicólogo y uno de los coordinadores de estos grupos de reflexión. Formado junto al licenciado Jorge Corsi en Canadá, donde estos servicios funcionan en forma regular, Payarola admite las limitaciones de su trabajo en un contexto en el que "las relaciones entre los géneros son desiguales y agresivas, basta escuchar los chistes que se cuentan los adolescentes hombres y mujeres para darse cuenta del estado de las cosas". A pesar de lucir un sano escepticismo, este profesional cree en la necesidad de trabajar el tema de la violencia familiar no sólo desde las mujeres. "Es verdad que son muy pocos los que permanecen en los grupos, de 150 entrevistados sólo quedan 30 asistiendo regularmente y la mayoría no completa la terapia que esperamos no dure más de 2 años. Es una terapia breve porque apunta a un objetivo concreto".

### **Arrepentidos**

"Como varones tenemos que estar siempre en guardia... la masculinidad nunca es algo de lo que se pueda estar seguro. Siempre hay que estar preparado para demostrarla y defenderla". La cita que pertenece al inglés Vic Sidler fue extraída del libro "Hombres violentos, mujeres maltratadas", de Graciela Ferreira, y describe un temor que muchos hombres conjuran a los golpes. Según el psicólogo Norberto Inda, la masculinidad se construye por oposición, es decir que se es hombre

porque no se es mujer y todos los atributos considerados por la cultura como femeninos son rechazados. De allí que muchos teman expresar sus emociones -"los hombres no lloran"- e incluso acercarse a sus hijos desde un lugar distinto de la autoridad. "Detrás de un hombre violento hay un hombre inseguro o temeroso", dice Inda y el caso de Gustavo, 40 y dueño de una empresa de servicios de limpieza, podría aparecer como un ejemplo perfecto. "Mi mujer es muy brava, nunca agacha la cabeza y por eso para mí es muy difícil relacionarme. Yo mucho no me daba cuenta de que estaba fajando a los chicos, lo que pasa es que dos no son míos y al mayor le llevo apenas 16 años".

Gustavo se casó a los 20 con una mujer que le llevaba 15 años y esa diferencia de edad, dice él, le impidió "poner las cosas en su lugar desde el principio". El no recuerda demasiados hechos de violencia física, pero reconoce que "la controlaba demasiado". Aunque, por supuesto, la culpa no fue suya: "Ella tenía que darse cuenta de que es atractiva y que no puede salir conmigo vestida de cualquier manera porque me crea problemas. Por eso la tenía que controlar. Además nunca trabajó, por eso yo soy el que maneja el dinero. Ahora me doy cuenta de que eso también puede ser violencia, pero bueno, yo estoy mal, no me gusta mi vida, y a veces me la agarro con los chicos o le grito a ella. Es que mi problema es que no sé hablar, se ve que enseguida grito. Y eso que nunca me agarré a trompadas con nadie de la calle. Nunca me pegaron. A lo mejor por cobardía mía, pero siempre prefiero irme. Lo malo es que en un momento me di cuenta de que cada vez que le hablaba a mi chiquito él se terminaba atajando, estaba esperando que le pegue y eso me dolió mucho".

Gustavo también está en recuperación. Cumple con casi todos los requisitos que construyen el perfil del hombre violento que Ferreira describe en su libro: "No es un psicópata ni un enfermo, pudo ser un niño maltratado o testigo de violencia, obligado a esconder su enojo o su dolor. En el trabajo y la vecindad se lo ve como un hombre agradable, en casa es violento. Requiere sumisión o sometimiento como corresponde al rol devaluado que le asigna a la mujer. La cela porque teme que se le escape y lo abandone. Es evasivo e inexpresivo", grandes rasgos -resumidos aquí groseramente- en los que Gustavo se reconoce ahora, después de tres años de tratamiento. "Es que ella es muy jodida, cree que todo es culpa de los demás, me vive descalificando, sólo que ahora yo me la banco mejor. Lo que pasa es que nunca supe resolver las cosas de otra forma que no sea gritando. Es lo que aprendí en mi casa".

Después de tres años de asistencia al grupo de Payarola, Gustavo parece haber aprendido también algunas de las máximas con las que se trabaja en el grupo. "La conducta violenta nunca responde a una única causa, pero sí es algo que se aprende y haber sido testigo de violencia cuando niño funciona como modelo a futuro. Es muy alto el porcentaje de hombres violentos que fueron niños maltratados o testigos de violencia y por eso es tan importante situar este tema en la agenda pública para trabajar también desde la prevención". Muchas historias se repiten como si hubieran sido escritas por el mismo guionista. A un episodio de violencia le sigue una etapa de paz, incluso de romance en la pareja, hasta que cualquier disparador -un café frío, una llamada que ella recibe y él no reconoce de inmediato- puede desencadenar de nuevo la violencia. "Estas fases entre el arrepentimiento, la acumulación y la descarga se empiezan a hacer más cortas cada vez. Por eso cuando una mujer llega a un servicio para hacer su denuncia seguramente ya acarrea una larga historia de violencia. Cuando los hombres llegan a nuestros grupos siempre es en la fase de arrepentimiento y aun así les cuesta mucho reconocer la magnitud del problema. Por eso es muy interesante escuchar el relato de él y el de ella. Lo que para una es un hecho dramático para el otro es apenas una pavada", dice Payarola. Claro que estas historias cíclicas suelen tener desenlaces dramáticos. En la investigación sobre criminalidad familiar que realizaron Cecilia Tassone, Marina Obarrio y Graciela Ferreira, en los últimos tres años de la década pasada 285 mujeres entre los 14 y los 83 años fueron muertas en manos de maridos, ex maridos, novios, ex novios o compañeros. Y 140

hombres se suicidaron después de matar a la esposa, ex esposa, novia, ex novia o compañera. Seguramente en la fase de arrepentimiento.



Las fotos que ilustran esta nota pertenecen al ensayo fotográfico *Living with the enemy*, realizado por Donna Ferrato y publicado en Nueva York, en julio de 1991, por la editorial Aperture.

### **El malestar masculino**

Durante las jornadas sobre Violencia Doméstica, Costos, Programas y Políticas que organizó el BID en 1997, el mexicano Francisco Cervantes Islas, integrante del Colectivo de Hombres por relaciones igualitarias, presentó una ponencia que tituló "Reflexiones de una experiencia con hombres que se reconocen violentos". En ella Cervantes Islas reconocía dificultades similares a las descritas en nuestro país. "Aunque la mayoría de los hombres que acuden a la primera entrevista manifiestan estar deseosos de parar la violencia, ni el 50 por ciento permanece por más de una sesión, un 30 por ciento rebasa las cinco sesiones y sólo 2 de cada 10 concluyen las primeras 16 semanas de tratamiento". En una sociedad donde el machismo goza de excelente salud es urgente "resignificar la identidad social o patriarcal que señala al hombre que es superior a la mujer, detentor del poder, la razón y la verdad y construir en su lugar la identidad del hombre real, el que es realmente con sus virtudes y defectos, sin creer que debe ser la autoridad o dueño de la verdad o de la vida de los demás". Para este colectivo no hay otra forma de parar la violencia. "Esta es una empresa por demás difícil y compleja, que implica resignificar a fondo la masculinidad aprendida, cuestionar la competencia y el abuso de poder, superar la falta de contacto con las emociones dando cauce no violento a la expresividad emotiva, fomentar el reconocimiento positivo de la vulnerabilidad, propiciar la flexibilidad de los papeles sexuales (...). En este sentido es importante que el reconocimiento de las limitaciones y fragilidades personales no se asimile como una pérdida del sentido de valía personal". Es decir, empezar a verse como hombres reales, de carne y hueso, con sus emociones y frustraciones. Aunque los especialistas insisten en que la crisis económica es un potenciador más de la violencia masculina, pero no su desencadenante, la pérdida del lugar social de quienes han crecido con el mandato de ser los proveedores ayuda a generar situaciones de violencia. "Pero también sabemos -dice Marcela Rodríguez, directora del Centro de la mujer de Vicente López, premiado por Naciones Unidas por su trabajo contra la violencia doméstica- que siempre se reciben más llamados pidiendo auxilio los lunes que los viernes, y muchos más durante época de fiestas o vacaciones". Lo que para ella quiere decir que cuanto más tiempo pase el hombre golpeador con su familia, más oportunidades tiene de ejercer la violencia. Nada más.

“Después de cinco años de trabajo muchos prejuicios se han derrumbado. Ahora sabemos que no hay un estereotipo del hombre violento, puede ser adicto o no, puede estar empleado o no, puede vivir en situación de marginación o ser un profesional”, dice Rodríguez. Algo que confirma la Secretaría de Promoción Social del gobierno de la ciudad de Buenos Aires cuando sitúa entre los más golpeadores –según los llamados que se reciben a través de las líneas directas de asistencia a víctimas de maltrato– a empleados (21,43 por ciento), profesionales (12,12 por ciento), agentes de seguridad (11,24 por ciento), mientras que los changarines y desocupados suman entre las dos categorías un 10 por ciento, aproximadamente. Aunque estos datos se pueden leer pensando que a mayores recursos hay más posibilidades de denunciar o pedir ayuda. “A nuestro servicio viene gente de toda clase, incluso podría decirte que las más desprotegidas son las mujeres que tienen una situación económica más holgada a la que tienen derecho y no quieren perder. Las mujeres en situaciones más precarias están acostumbradas a lidiar con la crisis y tal vez por eso tienen más recursos para pedir ayuda, como por ejemplo gritar fuego cuando les están pegando, porque sólo así los vecinos acuden. Si se prende fuego en una casilla, se incendian todas. Si un marido está golpeando, nadie se mete”.

A pesar de que desde hace cinco años en el país rige la ley 244.17 sobre violencia familiar, ésta sólo se aplica en Capital Federal, ya que al ser una ley procesal cada provincia tiene la opción de adherirse o no. “Lo bueno hubiera sido que se trate de una ley de derechos que tenga plena vigencia en todo el país”, dice Rodríguez que, si bien es crítica de esa herramienta, reconoce que aplicándose en Capital la situación es mejor aquí que en otras provincias como la de Buenos Aires. “Lo bueno es que permite a los jueces tomar medidas cautelares como la exclusión del hogar del golpeador, la determinación de alimentos –que no se aplica demasiado– o mecanismo de reparación de daños. Pero no se establecen penas aun cuando se incumplan las medidas cautelares”. En esta ley está contemplado que el juez ordene el tratamiento para los miembros de la familia o para alguno de ellos; así son derivados muchos de los hombres que asisten a los grupos para hombres violentos. Sin embargo no hay un seguimiento efectivo sobre si se cumple o no esta recomendación. Tanto para Rodríguez como para Payarola, la ley tiene algunos puntos oscuros como la mediación –¿cómo mediar entre alguien que ha sido abusado y su abusador?– y cierta sensación de impunidad que queda en golpeadores cuando se dan cuenta de que pueden volver al hogar a pesar de la prohibición del juez, por ejemplo. “Igual son muchos los hombres que después del tratamiento agradecen la intervención judicial”, opina Payarola. Y lo cierto es que igual que siempre todavía falta escuchar un mensaje social contundente que diga que la violencia no va a ser tolerada. Mientras tanto, cada diez minutos, una mujer es golpeada.

◆ arriba